



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

17 de mayo de 1890

Núm. 133

LOS NIÑOS DE SUIZA



LOS CUENTOS DEL ABUELO: ESCENA SUIZA

UN RATO DE CHARLA

PARECE que corren malos vientos para nuestra pintura. La Exposición que acaba de inaugurarse revela la más evidente decadencia. Malo. Nos habíamos adormecido en la convicción de que éramos los primeros pintores del mundo, y viene luego el tío Paco de la Exposición de París y nos rebaja hasta dejarnos tamañitos, permitiéndonos apenas, en la persona de D. Luis Jiménez, que nos pudiésemos llamar Pedro.

Dicen que pecamos de *anticuados*. Y puede que sea verdad. Yo no entiendo gran cosa en pintura; pero si eso que dicen fuese cierto, entonces ocurriría en el arte de Velázquez lo mismo que ocurre con la poesía, anticuada de una manera escandalosa.

(Me refiero á la poesía castellana, no á la poesía regional, que cuenta con unos poetazos que no tienen por qué envidiar á los mayores del mundo: Llorente, Curros, Verdaguer, Apeles Mestres.)

Anticuados... anticuados... Puede ser: ¡vaya si puede ser! Según acaba de descubrir el famoso antropólogo italiano Lombroso, el hombre es un ser eminentemente enemigo de novedades, y sólo por excepción se decide á ir en busca de lo desconocido. Sería fácil, por lo tanto, que nuestros pintores perteneciesen á esta grandísima mayoría de *neófobos*, pero también podría ser que la causa de nuestro atraso artístico fuese otra.

Podría ser que la decadencia de la pintura no fuese más que un síntoma de nuestra general decadencia. Siento tener que emplear esta feísima palabra, pero la verdad ante todo.

Cuando hemos querido, hemos sido tan *echaos pa adelante* como el que más, y aun más que nadie. A ver: ¿dónde se encontraría un pintor más nuevo (deploro no poder decir, por respeto á la gramática, más *novísimo*) que Goya? ¿Dónde nació Fortuny? ¿Y Rosales?

Pero desde entonces acá... ¡*volaverunt!* Nos hemos hecho la ilusión de contar con una *pléyade* (digo *pléyade* porque sí, pero es un disparate, pues *pléyade* significa solamente 7) de pintores de primer orden, y resulta que no son pintores de la susodicha entidad.

Yo, á la verdad, cuando lei los primeros artículos del Sr. Balsa de la Vega acusándoles las cuarenta á nuestros pintores, me escandalicé y me enfadé; pero como aborrezco toda preocupación, acabé por concederle que tenía razón en muchas cosas.

Ahora, para colmo de amargura, ha salido *Un pintor viejo*, y es de oír lo que les dice á los novatos. «Presentáramos,—dice,—con raras excepciones, una turba de jóvenes alegres, indisciplinados, caminando á la ventura, sin guía, en busca de lo que saliere.» Concédeles que sienten el

color, pero en cambio sólo se preocupan del efecto y de la hechura, y para nada tienen en cuenta el país, la época, los trajes, las costumbres y los caracteres. «El arquitecto,—exclama,—ha sido reemplazado por el maestro de obras, el escultor por el plagiario ó el vaciador, y la pintura descien- de y su tendencia es abandonar la representación del hombre.» Y es ver- dad: el paisaje nos invade; sólo que, fuera de Haes y sus discípulos y de algunas entidades notables, la mayoría no sienten el paisaje y lo pintan



Zagal suizo

porque es lo que tiene más salida para adornar los comedores y salones de los mercachifles enriquecidos en el negocio.

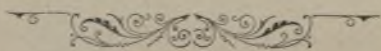
El severo Aristarco sigue en sus trece y continúa: «Pintan y dibujan silbando, y la broma y chacota son la ocupación de sus horas de descanso.» Y luego «... así que en este que pudiéramos llamar Carnaval artístico han desfilado lentamente delante de nosotros, en procesión intermi- nable y abigarrada, diez años de casacones, diez de moros, y en estos momentos nos encontramos en las postrimerías de otros diez de chulas.»

Pero ¿por qué eso? Porque el público no entiende de otra cosa que de *Gran Vías* y chuladas.

La pintura está perdida, pero es porque el país está perdido también. A ver si lo sacáis adelante vosotros.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA INTELIGENCIA DE LAS HORMIGAS

No es nuestro ánimo ahondar sobre el resbaladizo asunto de la inteligencia de los animales, haciéndonos eco de algunas apreciaciones del sabio naturalista italiano Bramaleti. Apuntaremos sólo lo que á la manera de ser y de vivir de las hormigas se refiere, seguros de que su lectura ha de ser tan útil como agradable á nuestros jóvenes y estudiosos lectores.

La vida íntima de las hormigas ofrece detalles altamente curiosos. Sus graneros, ó por mejor decir sus viviendas, son de una extensión inmensa relativa al tamaño de tales insectos. El que fué objeto de las investigaciones del doctor Bramaleti tenía una longitud muy cerca de cinco metros, y en él se albergaban unas veinticuatro mil hormigas. Son excelentes constructoras, y los depósitos ó almacenes que fabrican están colocados en línea recta como los vagones de un tren. Los granos de trigo son depositados con sin igual esmero en el sentido de su longitud, de tal manera que un almacén de estas semillas ofrece un magnífico aspecto por el inteligente orden con que están colocados, y más bien parecen un depósito de maderas que receptáculos de trigo.

Jamás mezclan el trigo con la cebada, ni está con las demás sustancias que han de servirles de alimento durante el invierno. Aprecian mucho las migajas de pan, que depositan con sin igual cuidado, y se guardan entre sí tales miramientos y etiquetas que ofrecen á los humanos notable ejemplo de sociabilidad.

Como es sabido, durante el estío, y más principalmente á la entrada del otoño, las hormigas salen á hacer su recolección. Sucede á veces que tienen que ir á buscar sus provisiones á grandes distancias, y, como pudiera ser fácil que no encontrasen sus viviendas al regresar con su colecta, idean un ingenioso medio para no perderse. Caminan á la ventura unas tras otras con objeto de hacer una fila lo más larga posible. Una vez que la que marcha al frente encuentra provisiones, hace alto y frota con su parte posterior la cabeza de la que sigue, ésta á la tercera, y así sucesivamente establecen comunicación casi instantánea en toda la línea.

Enteradas las hormigas de la novedad por este aviso, sale otra fila encargada de sustituir á la primera, que regresa por el camino que le va trazando la que viene á sustituirla, y así continuamente van llevando provisiones á sus almacenes.

La entrada de sus graneros es ordinariamente vertical. Entre las hormigas se establecen dos secciones: unas que podremos llamar *obreras*, que están encargadas de trasportar abastos; y otras *distribuidoras*, que dentro de los almacenes tienen la misión de colocarlo y distribuirlo en los diversos depósitos. Las *obreras*, al llegar al agujero de entrada, abandonan el objeto trasportado

á su propio peso; y las *distribuidoras* lo colocan donde respectivamente le corresponde. Pero acontece muchas veces que el agujero es pequeño, y entonces todas las *distribuidoras*, por la parte interior de su vivienda, hacen heroicos esfuerzos para introducirlo y tiran de él con gran denuedo, bien que no siempre consiguen su propósito, pues ocurre muy á menudo que el objeto resiste y las laboriosas hormigas trabajan inútilmente. Una vez persuadidas de la ineficacia de sus esfuerzos, comienzan otra tarea: si el objeto puede ser dividido, lo fraccionan en pequeñas partículas; si por el contrario su solidez les impide reducirlo, agrandan el agujero, para lo cual empiezan escarbando las paredes; y muchas veces, la para ellas enorme mole, obedeciendo á la fuerza de gravedad, cae precipitadamente, arrastrando en su marcha á las infatigables obreras.

Concluída la recolección, las hormigas tapan la entrada de sus viviendas con tal arte que es muy difícil averiguar dónde estuvo la entrada. Tan inteligentes insectos no son, como otros, asustadizos; lo cual es una gran ventaja para el observador, que puede estudiar cumplidamente todos sus movimientos y detalles.

El doctor italiano ha podido notar que son muy aficionadas al queso, siendo admirable la actividad que demuestran cuando se les presenta ocasión de procurarse dicho alimento.

Por nuestra parte diremos que no nos extraña tanto esto como la facilidad con que se comunican las noticias, pues no parece sino que poseen un lenguaje tácito en sus muchas frotaciones. Una de las muchas veces que dedicamos nuestra atención á observarlas, queriendo persuadirnos de la exactitud de las opiniones del doctor Bramaleti sobre este punto, aislamos con un papel á una hormiga, trasportándola á una distancia razonable de su vivienda. En seguida desmenuzamos un trozo de queso con el objeto de facilitar al insecto su transporte. Pero, en vez de tomar alimento la inteligente hormiga, marchóse á conferenciar con sus compañeras, á las cuales frotó paseándose entre todas ellas, concluyendo por tomar el camino que antes traía, seguida por toda una colonia de hormigas, que pronto limpiaron el suelo de las migajas de queso.

Esto parece indicar que, á su manera, todos los animales tienen un lenguaje mudo, por medio del cual se comunican y entienden con suma facilidad. Como testimonio de ello vamos á recordar una anécdota que confirma plenamente tal suposición.

Conversaban un día amigablemente, junto á la puerta de su farmacia, el dueño de ésta con uno de sus practicantes, cuando acertó á pasar un perrillo faldero que, á consecuencia de andar algo distraído, fué atropellado por un carruaje. Resultado de este inesperado encuentro, fué quedarse el animal con



Zagal sulzo

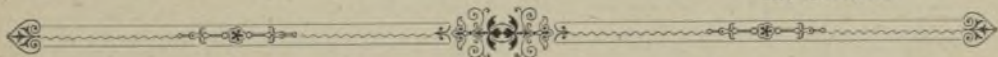
una pierna fracturada. Dando lastimeros aullidos dirigióse el pobre can á la botica, y el compasivo doctor, inspirado por un sentimiento de humanidad, le entablilló la pata fracturada, no sin pasarle repetidas veces la mano por el lomo.

El doctor olvidó por completo este suceso; pero ¡cuál no sería su asombro al observar, un mes después, que el famoso herido entró en la botica dando amigables saltos y conduciendo á una señora que manifestó al farmacéutico su agradecimiento por la acertada cura que había hecho á su querido can!

Hasta aquí nada tiene esto de particular. Lo extraordinario fué que, al cabo de pocos días, el falderillo aquel penetraba en la botica acompañado de otro perro que había sufrido idéntica desgracia, y con tristes aullidos indicaba al boticario su desgraciado compañero. El doctor le curó también, y durante muchos años estuvo recibiendo la diaria visita de sus protegidos, que indudablemente se creían obligados á manifestarle de esta suerte su gratitud.

Otras muchas observaciones podríamos citar que demuestran que los animales tienen inteligencia: las abejas, los castores, los cuadrumanos, las arañas, y otros muchos, dan repetidas pruebas de poseer una facultad superior á la del instinto, bastando con lo supuesto para persuadirse de que la Providencia ha dotado también de inteligencia á los seres irracionales, por más que ésta no se manifieste tan desarrollada ni de una manera tan latente como la que ilumina la razón del hombre.

A. OZORES



LA CALAVERA

(Conclusión)

—Y vosotros, ¿qué hicisteis?

—Primero nos miramos sorprendidos y asustados; después, los que la echaban de valientes levantaron temblando la estera y se introdujeron en la bodega; pero instantáneamente volvieron á salir escapados y gritando, como las chicas: «—¡No entréis, no entréis! ¡Es la calavera del casero!»

—¿Y tú la viste, tío?

—Como ahora te veo á ti. Fluctuando entre el miedo y la curiosidad, entré, seguido de otros dos, y, te lo juro por quien soy, Tanito, me temblaron las carnes cuando vi...

—¿Qué? ¿Qué viste?

—Allá, lejos, en el fondo oscuro de la bodega y en el centro del lagar, vimos todos una calavera, iluminada, silenciosa, inmóvil, echando llamas por la boca y por los ojos, que parecía mirarnos de hito en hito y dirigirnos una mueca horrible.

—Sigue, sigue. Me das miedo,—balbuceó Tanito dando diente con diente.

—Excuso decirte que nosotros escapamos también, voceando como los demás: «—¡La calavera, la calavera del casero! ¡Allí, en el lagar!» Las chicas, en tanto, habían ido alborotando la calle con sus despavoridas voces, con lo cual los vecinos acudían; deteníanse, entraban los transeuntes; bajaban los inquilinos de los pisos superiores; abríanse y se llenaban de cabezas amedrentadas las ventanas de los entresuelos; y en breve el ancho zaguán no pudo contener la gente, quedando convertido en una enorme piña humana de rostros despavoridos, de hombros y de brazos entrelazados, agitándose y luchando en revuelta confusión y estruendosa vocería. «—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?» «—¡La calavera del casero!» «—¿Dónde?» «—¡Allí, en la bodega, en el lagar!» «—Queremos verla.» Y se asomaban como podían, y unos tras otros retrocedían azorados, hombres y mujeres, chillando con horrible barahunda: «—¡La calavera, la calavera! ¡Allí está! ¡No entréis! ¡La hemos visto!»

—Entre los vecinos de los pisos superiores había bajado tu abuelito, quien, por haber sido coronel de tropa y estado en la batalla de Mendigorria, gozaba fama de valiente. ¡Pobre abuelito! Aun me parece que le veo, más alto que todos, con sus largos brazos hender la multitud, diciendo: «—Paso, paso: allá voy.» «—No, no vayáis: puede ocurriros una desgracia,» le respondimos. Mas él, sin hacer caso, avanzó resueltamente, mientras todos, atraídos por la curiosidad, le seguíamos á distancia. Llegó al lagar, se detuvo un instante, y de un vigoroso puntapié hizo rodar la calavera, que sonó, en efecto, á huesos carcomidos. Recogióla en seguida y nos la echó gritando: «—Miradla bien: es una calabaza, como vosotros los que habéis creído en duendes.» Era, efectivamente, una enorme calabaza, ovalada, hueca, en la cual con un cuchillo habían abierto varios agujeros simulando ojos, boca y narices, alumbrados por una bujía interior á manera de farol; de suerte que en la oscuridad la ilusión era completa. Inútil creo añadir que á poco se cerraron las ventanas de los entresuelos, volvieron los vecinos á sus habitaciones respectivas, desocupáronse la bodega y el zaguán entre la rechifla y las cuchufletas de la multitud al disolverse.

—Pero lo que yo no entiendo bien es cómo estaba allí la calavera, la calabaza, ó lo que fuese.



Campesina suíza dirigiéndose al mercado

—Pues por obra y gracia del vecino de un entresuelo, deseoso de asustarnos para librarse de nuestros alborotos.

—¿Y la detonación ó cañonazo que escuchasteis antes?

—Un petardo colocado allí de intento por el vecino susodicho.

—¿De modo que no existen fantasmas ni calaveras?

—No: no hay más que calabazas.

Tanito reflexionó un momento, con su reflexión de niño, y concluyó:

—Eres muy amable, tío: no olvidaré tu cuento ni volveré á quitarte los cigarros.

JUAN TOMÁS SALVANY

— NUESTROS GRABADOS —

LOS NIÑOS DE SUIZA

¿Qué niño de Europa no cambiaría su residencia, al menos durante dos meses del verano, con alguno de los que habitan en las montañas de Suiza? ¡Qué delicioso debe ser vivir en una graciosa cabaña de aquel país, con su tejadillo de corteza sostenido por grandes piedras, sus simétricas ventanas adornadas de flores, sus balconillos, y su escalerilla de madera que conduce á la puerta de entrada; teniendo todo este conjunto, por contraste, á corta distancia, los altos picos cubiertos de nieve, el espeso pinar y algún torrente cuyas aguas se precipitan de roca en roca hasta llegar al valle!

Y ¡qué encanto ofrece también seguir al rebaño alpino, oyendo el alegre sonido de las campanillas; acariciar á las mismas cabras, que se acercan para que se les dé alguna golosina; coger preciosas flores silvestres, perseguir á las brillantes mariposas, y oír después algún interesante relato, ó las aventuras de un guía, cuando se puede al fin descansar después de recorrer los peligrosos pasos de la montaña, los glaciares y los ventisqueros! Mucho os agradaría también, hijos míos, oír por la noche, cuando descansáis junto al hogar, los cuentos de brujas y de duendes, de gigantes y enanos, de hadas y de monstruos ocultos en el fondo de los lagos de la montaña, que nunca se dejan ver, pero que gimen y gritan cuando estalla la tempestad ó cuando ha de ocurrir alguna desgracia. Los niños de Suiza, agrupados alrededor del padre ó del abuelo, oyen con el mayor interés todos estos cuentos, tanto que ni se acuerdan de dormir.

Y ¡qué gracioso es semejante grupo! El narrador está en el centro, con

las manos cruzadas; el hijo mayor está sentado en un banquillo, con la mano extendida hacia su hermana; y en el otro lado otros niños de la vecindad. Escuchando el cuento, las niñas olvidan sus muñecas, y los chicos su libro ó su bocina; y de vez en cuando interrumpen al narrador con sus exclamaciones.

Sí: semejante género de vida debe ser muy agradable para cualquier niño de otra nación. Pero tal vez no le pareciera tan seductor si estuviera allí cuando sopla el *föhor*, ese viento ardiente que prende fuego á las cabañas; cuando la avalancha de nieve, precipitándose por las pendientes de la montaña, sepulta la frágil vivienda; y cuando el torrente, creciendo con las lluvias de la primavera y con la nieve derretida, se desborda y sus aguas arrollan al paso cuanto encuentran. Al ver todo esto, el niño preferiría seguramente tener su cuna en el país natal.

Y, ya que de cunas hablamos, añadiré de paso que á nuestros niños no les agradarían las pequeñas cajas que se designan con ese nombre en Suiza, ni mucho menos que les sujetaran con cintas en la misma, como se acostumbra en aquel país.

El niño suizo, sin embargo, no piensa así, tal vez porque sabe que hay buenas razones para que se le sujete; operación á que se somete siempre sin murmurar.

El origen de la costumbre es el que vamos á decir:

En la primavera, los habitantes de los pueblos y de los caseríos, cierran sus cabañas y, conduciendo sus rebaños, emprenden la ascensión de la montaña para vivir en sus cortijos durante los meses de verano. No están en un mismo sitio largo tiempo, pues cuando los pastos comienzan á escasear, suben más arriba, cambiando así de residencia, tal vez, ocho ó nueve veces durante la estación. El pobre mobiliario de las diversas chozas ó cortijos se deja siempre donde está, de modo que los dueños no han de llevar consigo más que los útiles necesarios para la elaboración del queso y de la manteca.

El padre va, por lo regular, acompañado de sus hijos. Los mayores le ayudan, los pequeños corren á su lado; y si hay alguno en la cuna, la madre lleva esta última sobre la cabeza, lleva sujeto en el hombro el paraguas y algún artefacto de cocina, y, á la par que anda, ocúpase en hacer media ó en remendar alguna prenda de ropa.

El primer día en que el rebaño es conducido al pasto de la montaña (Alpes), personas y animales se muestran muy contentos, sobre todo los ni-



Pastorcito jugando con los ganados

ños, que corren de pueblo en pueblo para ver todo cuanto pueda haber de curioso.

La primera cosa que las vacas hacen al verse libres del establo donde han debido estar durante todo el invierno, y después de recorrer las verdes pendientes, es reñir unas con otras para disputarse los sitios.

Los muchachos se divierten mucho al presenciar el espectáculo, y hacen apuestas por la blanca, la negra, la parda ó la manchada. Terminada la lucha, la vaca victoriosa parece tener empeño en que las demás la respeten como á su jefe, y el hecho se observa muy á menudo. Con orgullosa satisfacción, la vaca vencedora hace resonar su cencerro de vez en cuando, y desde aquel día diríase que sus compañeras la consideran como una soberana. Esto dura un par de años, hasta que otra vaca empeña la lucha y usurpa el lugar de la soberana.

Después de esto los chicos de los pueblos y ciudades vuelven á sus casas con sus padres, y los pastores son los que se cuidan principalmente de los rebaños.

Mientras que los animales permanecen en los pastos más bajos de la montaña, los muchachos suelen ir á menudo con sus familias á verlos.

Para estas excursiones es costumbre llevar algunos víveres y una ó dos botellas de buen vino, por si acaso la demasiada frescura del aire y la alimentación de leche no conviniera á cualquiera de los que van. Pero cuando los ganados suben á mayor altura, estas visitas cesan, y ya no molesta nadie á los animales, quedando sólo en el cortijo los que se ocupan en la fabricación del queso y la manteca.

Este trabajo tiene mucha importancia, y en algunas partes de Suiza, como por ejemplo el Valais, la riqueza de un hombre se aprecia por el número de quesos que posee.

—Mi padre es un hombre rico en quesos,—dice un muchacho á un compañero suyo.

—¿Cuántos tiene?—pregunta el otro.

—¡Oh! Tantos ó cuantos,—replica el primero, —pues acabamos de hacer un considerable número.

—Eso no es nada,—replica el segundo chico;—pues mi padre tiene muchos más, y algunos cuentan centenares de años.

En el Valais se observa todavía la singular costumbre de hacer un queso cuando nace un niño, queso que no se toca durante su vida, cortándose al fin á menudo el día de sus funerales.

El hombre rico almacena también vino, así como queso para el día de su muerte, y entonces colócase en su ataúd una copa llena de aquel vino. Los parientes y allegados del difunto tocan con ella la caja y beben parte del contenido, despidiéndose del muerto con las palabras:—Hasta la vista en el otro mundo.—Cuando muere un niño, se le lleva á la sepultura en una caja abierta, conducida por sus compañeros, y sus ropas se dan á los más pobres del pueblo.

Algunos muchachos de la familia suiza ayudan á sus madres en la fabricación de quesos, los cuales se conservan junto á un glaciario si hay alguno cerca, guardándose en cuevas en la inmediación del hielo. Otros se tienen preparados para vender á los viajeros, á quienes se ofrece á la vez cuajado y suero, que tienen allí muy buen gusto. Los muchachos sirven de pastores y conducen sus rebaños á los puntos más salvajes de la montaña, muchos de ellos inaccesibles para los que no son montañeses.

El viajero verá con frecuencia algún chico, con una pluma en la gorra, vistiendo una simple blusa, con una vara en la mano y los pies desnudos, en el borde mismo de una roca que se proyecta sobre un precipicio espantoso. Las cabras ó las ovejas están á su alrededor. Todas las noches aquellos chicos duermen al aire libre, teniendo por único lecho un montón de hojas secas sujetas por un par de piedras, ó una simple capa extendida sobre yerba. (véase el grabado). Allí reposan dulcemente sin temer nada, y al despertar, por la mañana, lo primero que ven es sus animales, que les miran atentamente y que al parecer les profesan verdadero cariño.

Algunos individuos de la familia, muchachos y niñas, tienen otra ocupación: van á estacionarse, provistos de un leño y de una rama verde, en alguna parte escabrosa de la montaña, y allí esperan la llegada de algún viajero. Su misión es conducir á los cansados caballos, ayudándolos á subir. De la rama verde se sirven para ahuyentar enojosos insectos, y á menudo colocan el leño debajo de las ruedas del carruaje para que los caballos puedan descansar.

Otros muchachos venden ramos de flores alpinas, entre las cuales figura principalmente la rosa, notable por su belleza y fragancia; la flor de la vainilla, que solamente crece á cierta altura; la ajenciana de color oscuro, y otras especies muy apreciadas por su delicado perfume y sus preciosos colores. Con las flores ofrécese también á los viajeros cestitas de fresas silvestres, que son muy sábricas.

En las familias hay individuos que prefieren ocuparse en hacer juguetes para la venta, y en esto se distinguen los suizos por su habilidad: imitan las chozas, las cabañas, los animales, los árboles, etc., con singular perfección, siendo el trabajo muy delicado.

Por regla general no hay muchos pobres en aquel país, como no sea en los caminos que suelen seguir los viajeros.

En el cantón de Uri los chiquillos piden limosna de una manera muy graciosa, que generalmente les da un buen resultado. Las niñas ó niños de rizado cabello y de ojos azules corren hacia el primer viajero que ven, acércanse con la sonrisa en los labios, se besan su propia mano, y deslízanla en la del extranjero, diciéndole con compasivo acento:—*Gesner oppis*. (—Dadme alguna cosa.)

A la escuela no se asiste más que durante los meses de invierno, y siempre está en el mejor edificio del pueblo, en un *palacio*, como dicen los suizos.

En el verano los muchachos aprenden el lenguaje de señales, que requiere

alguna explicación. Todas las viviendas de los distritos de los Alpes tienen su propia señal ó marca, que se trasmite de generación en generación, heredándola por regla general el hijo más joven. Esta señal ó marca se imprime en las orejas de las cabras ó carneros, en los troncos de los árboles que se han cortado en el bosque, y, en una palabra, en todo cuanto pertenece á una casa en propiedad. Como las ovejas y cabras de muchas familias se confían al cuidado de un pastor, y todos los animales se han de entregar á sus respectivos dueños al fin del verano, el muchacho debe conocer bien todas las señales.

No deja de ser necesario esforzar un poco la memoria; y cuando el buen ministro del altar sube á la montaña algunas veces durante el verano para ver sus animales y catequizar á los niños, quédase á menudo porque éstos conocen mejor el lenguaje de las señales que el catecismo.

Mientras las familias permanecen en el primero ó segundo rellano de la montaña, suelen bajar todos los domingos para ir á la iglesia. La madre lleva el niño, y los mayores van con el padre. El sermón suele ser largo; pero los chicos, cansados de su prolongada caminata, recibiendo el aire fresco de la montaña, se duermen profundamente y no despiertan hasta que concluye el sermón y llega la hora de volver á casa.

En el Valais la gente va á la iglesia montada en burros ó mulas. La madre se coloca siempre la primera, con el niño en la cuna; el padre monta detrás, sujetando á su mujer para evitar que se caiga; y los chicos corren por el camino, cogiéndose á veces á la cola del cuadrúpedo.

Cuando las familias se sitúan en los más altos tramos de la montaña, el ministro del altar se dirige allí para predicar al aire libre. En tales ocasiones pasa la noche en una cabaña, y siempre arregla su visita de modo que esté allí cuando se celebra alguna fiesta, sobre todo las luchas, que constituyen á la vez un ejercicio y una diversión.

En estas luchas toman parte los hombres de dos cantones.

Se comienza por el oficio divino en un altar improvisado al aire libre. Después, las diversas familias, hombres, mujeres y niños, que se han reunido de todos los pueblos y pequeñas ciudades inmediatas, comen los víveres que han llevado, entre los cuales figuran principalmente el queso, la manteca y las tortas. Todo desaparece con gran rapidez, y después los muchachos de los dos cantones luchan cuerpo á cuerpo para probar sus fuerzas; pero pronto se les echa á un lado á fin de que dejen el sitio libre á los mayores y puedan aprender de ellos.

Lo primero que hacen los contrincantes es adelantarse uno de cada cantón, se estrechan la mano amistosamente á fin de indicar que no les anima ninguna mala voluntad, y dase principio á la lucha. Cuando uno de los dos cae preséntase otra pareja, y otra, y otra, hasta que todos los jóvenes de ambos cantones han tenido ocasión para lucir su destreza.

La pareja más fuerte queda para lo último, y aquel que haya derribado á

su contrario dos veces en tres luchas, es aclamado vencedor. El premio consiste en una oveja adornada con guirnaldas y cintas.

Cuando los muchachos están con sus rebaños en la montaña, su mayor entretenimiento consiste en esculpir. Con un cortaplumas y un pedazo de madera comienzan á modelar la imagen de una oveja, de una cabra ó de una vaca (véase el grabado). Al principio sus ensayos son torpes; pero al fin la práctica, el buen gusto y la habilidad que heredan de sus padres permitenles perfeccionarse en su arte.

Otra diversión de los muchachos en los pueblos y ciudades (sobre todo en Brunnen, en el cantón Schwytz) es el *posterli*. En la tarde del Duodécimo Día los chicos se reúnen, llevando consigo toda especie de instrumentos, musicales ó no: bocinas, cencerros, pitos, campanillas, etc., etc., y pasan por las calles haciendo todo el ruido posible. En el lomo de una cabra ó de un burro colócase la figura de una bruja, ó se lleva en un trineo. La procesión se forma con objeto de representar la expulsión de aquélla, y por esto se hace ruido. Después de pasear el monigote por las calles, condúcese fuera de la ciudad y se le deja allí. El ruido cesa, y los chicos vuelven á sus casas tranquilamente. A esta ceremonia se le da el nombre de *expulsión de los dos espíritus malos Strudelli y Strutelli*.



Lechera suiza

En el valle de Munster se practica una costumbre particular. A principios de la primavera todos los muchachos de menos de catorce años van de casa en casa tocando grandes campanillas que llevan atadas al cinturón, y á esto llaman *ir per Calendas Mars*, ó *per far crescer l'erba*. Siempre se da á los chicos huevos, castañas, arroz y hasta dinero; y así celebran una fiesta que siempre deja recuerdo para largo tiempo. No sé si esta costumbre se observa aún; pero, como era muy práctica, diré algo más sobre ella.

Cuando había ocasión de colocar un nuevo poste para marcar límites ó señalar la división de tierras, los propietarios llevaban en su compañía siempre al sitio un muchacho. Sin decirle antes con qué intención, cuando llegaban al lugar le daban un bofetón ó un pellizco, y hasta en algunos cantones una zurra. Esto era una buena precaución para el caso de que la piedra se cubriese de tierra ó quedara oculta: el muchacho no olvidaba nunca el sitio donde recibiera el innmerecido castigo, y aunque viviese hasta la edad de cien años podía arreglar cualquiera diferencia que sobre esto se suscitare.

Los trajes suizos son muy graciosos. Las jóvenes del Valais se ponen los domingos camisetas blancas y corpiños rojos, delantal blanco también, pa-

ñuelo de seda, sombrero de paja y medias encarnadas. Llevan el cabello trenzado y formando rodete.

Muchos chicos usan lo que llaman allí *la cadinetta*. Su traje consiste en pantalón negro de lana hasta la rodilla, medias blancas de estambre, zapatos con hebilla, chaquetón y chaleco.

El género que se usa, por lo regular, para los trajes de hombres y mujeres, es lana fabricada con el vellón de los carneros, que se dejan con su color natural.

El traje de los niños pequeños consiste en una especie de saco que llega hasta los pies, sujeto en el talle por un cinturón de color.

En otras partes de Suiza los corpiños y faldas son de distintos colores, y á veces tienen adornos de cordoncillo de plata ó de oro. Los pastores de los Alpes visten blusa azul y gorra negra con franja roja.

En las bonitas ciudades de Berna, Chur, Zurich, etc., hay buenas escuelas, colegios y universidades, y se educa á los niños cuidadosamente. Cada ciudad tiene sus particularidades y diversiones: en Berna hay lo que llaman *lauben*, ó galerías cubiertas por las cuales los niños pueden ir á las escuelas sin mojarse; Lucerna tiene su puente de pinturas; Thun y Zurich serían la residencia más feliz para los niños, que allí pueden pasear en botes por los magníficos lagos, desde donde se ve muy bien la puesta del sol, los picos de las montañas y las más altas cimas cubiertas de nieve, ó bien se pueden contemplar los numerosos vapores que van y vienen. Semejantes excursiones son por demás agradables; y cuando los niños vuelven á su casa, el aire fresco que han respirado algunas horas por una parte, y por la otra el cansancio, les permiten conciliar el sueño más apacible.



LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

Los otros jugaban, poniéndose Juan á su cabeza; pero un día, después de haber jugado bastante tiempo, fué á descansar en un guardacantón colocado cerca del lugar donde Lorenzo el perezoso estaba tendido como quien no tiene nada que hacer.

—¿No juegas tú nunca, Lorenzo?

—No: estoy cansado.

—¿Cansado de qué?

—No sé, pero la abuela me dice que estoy enfermo.

—¡Bah! Date un buen paseo y verás cómo te encontrarás bien. Vamos, corramos: una, dos, tres.

—¡Oh! No puedo andar. Por otra parte, tengo todo el día para mí y no me gusta jugar al mismo tiempo que los otros. Tú, que sólo dispones de una hora, es diferente.

—Peor para ti. ¿Quieres jugar á bolos?

—No: estoy cansado, cansado como si hubiese trabajado todo el día como un caballo.

—Pues yo, aquí donde me ves, he trabajado todo el día como un caballo, y no estoy cansado aún.

—Es una desgracia verse obligado á trabajar así. Mira tú: yo soy rico,—añadió Lorenzo, mostrando cierta cantidad de calderilla.—Mi padre me ha dado todo esto y puedo gastarlo como me dé la gana. Mira: uno, dos, tres, ocho sueldos. Tú no sabes lo que es tener ocho sueldos, pues nunca has tenido sino dos ó tres á tu disposición.

Juan se sonrió.—¡Oh! En cuanto á eso te engañas,—le dijo,—porque tengo en este momento una de dos, de tres, de ocho sueldos. Tengo dos chelines, más cinco días de trabajo á seis cada uno, lo cual hace dos chelines y seis sueldos: total, cuatro chelines y seis sueldos.

—¡Qué has de tener tú cuatro chelines y seis sueldos!—dijo Lorenzo animándose.—¡No tienes tú cuatro chelines y seis sueldos, y sólo viéndolos lo creería!

—Sígueme,—respondió Juan,—y te obligaré á creerme. Ven.

—Está lejos,—dijo Lorenzo, que seguía á Juan arrastrando los pies hasta el establo en que éste le enseñó su tesoro.—¿Y has podido reunir todo eso honradamente?

—Honradísimamente. Puedes estar seguro de que lo he ganado todo.

—¡Dios grande! ¡Ganar todo eso! Yo tendría ganas de trabajar, pero aun no es hora y la abuela me ha dicho que no soy bastante robusto; y, aparte de eso, le hago muchas carantoñas á mi padre para que me dé cuartos. Así, no tengo necesidad de trabajar. ¡Cuatro chelines y seis sueldos! Y ¿qué harás de eso?

—Este es mi secreto,—dijo Juan riendo.

—Entonces voy á hacer conjeturas. Ya sé yo lo que haría si fueran míos: primeramente me llenaría los bolsillos de pasteles, y después compraría manzanas y nueces. ¿Te gustan las nueces? Yo compraría para tenerlas hasta Navidad y las haría romper por mi hermanito, porque fatiga mucho eso de romper nueces.

—No mereces tenerlas.

—Pero ya me darás de las tuyas,—dijo Lorenzo en tono adulón.
 —No lo creas,—respondió Juan.—No te daré nada.
 —Pues, entonces, ¿qué harás de ese dinero?



Pastor suizo trashumante

—¡Oh! Yo ya sé lo que haré. Es mi secreto y no quiero decirlo á nadie. Vamos á jugar.

Y se fueron. Lorenzo, lleno de curiosidad y de mal humor contra sí mismo y contra sus ocho sueldos,—¡Si yo tuviese cuatro chelines y seis sueldos,—se decía,—sería ciertamente más feliz!

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. Arco de San Bernardo. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
 RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA